Ohtle, el niño que se llamaba Camino



Alberto Domínguez Ávila

A *Perla Szuchmacher*

TRONÓ EL CIELO. SE VENÍA UNA TORMENTA, Y ESE SONIDO DEL CIELO SE mezclaba con los gritos de dolor. Mi madre estaba pariendo.

Mi abuelo, hecho un manojo de nervios, miraba por la ventana, tratando de no perder la calma, pero el viento no le ayudaba nada. La única tranquila en ese cuarto era la partera, que con toda esa experiencia que dan los años, iba guiando a mi madre con una voz suave, pero firme.

Esa tormenta le traía a mi abuelo las historias de su bisabuelo. Esas imágenes le habían apretado el corazón desde niño, y se lo seguían apretando.

¡Tierra a la vista! Esa voz que salió del carajo resonó por todo el barco, y los marineros la repitieron y repitieron hasta volverla una sola voz. Mi abuelo decía que todavía podía oírla, y se le enchinaba el cuero. A lo mejor eran los truenos del día de mi nacimiento, que le retumbaban en las orejas. Tierra a la vista.

Imagínense: a lo lejos se oían los remos, pum, pum, golpeando el agua salada. En cada relámpago, mi abuelo veía brillar los cascos de esos barcos.

Luego bajaban a tierra, y detrás de ellos iban quedando miedo y silencio.

Esos soldados estaban como hechizados. Eran hombres cargados de una miseria vieja. En sus alforjas traían semillas de dolor y hambre de oro. Esa semilla creció aquí y se nos metió como enredadera en el corazón.

Y entonces, en medio de todo eso, se oyó un llanto. Un llanto de niño, que competía a todo pulmón con los truenos de la tormenta. Ese llanto sacó a mi abuelo de los recuerdos que tanto le pesaban. Le vino una alegría como hacía tiempo no sentía. Era yo, su primer nieto. Según él, cuando nací, la tormenta cesó.

Dicen que fue un día raro, de esos donde todo se entiende, todo se comprende, pero nada se sabe. Uno de

esos días en que la luz es tan transparente que a uno lo deja embobado. Luego, por el cielo, cruzó una luz añil, de oriente a poniente, bailando en el amanecer, con unos hilos de jade tan finos y ligeros que deslumbraban. Centellearon por todo el círculo celeste y, poco a poco, la luz se fue deshaciendo en un polvo brillante que cayó sobre la tierra.

Debajo de ese polvo brillante nací, me contaba mi abuelo años después. Mi madre me arropó, me dio de comer de su pecho, y mi padre me miró la cara y supo cómo nombrarme: Ohtle me puso, que quiere decir camino.

Yo nací dos veces.

Una en una tormenta y la otra dentro de un pozo.

Yo tenía trece años.

—Te llegó por lurk. —¡Flashealo, flashealo! —Está one. Está one. —No peekees. No peekees. —Rota, rota, rota. —¡Te entran por flank! —Tradea, tradea. —Voy top frag.

—¿Cuántas llevas? —Treinta y cinco kills. —No manches. —Ese trae cheats. —Sí, banealo. —Mejor kickéalo.

—¡Push, push, push! —¡Cuidado atrás! —Está one. —¡Clutch, clutch! —¡No manches, qué one tap! —¡Ace! —GG.

No podía dormir. Llevaba meses soñando un sueño que me daba mucho miedo, y jugar me distraía. La rajada de la pantalla me atravesaba media partida.

—No veo, no veo...

Ladeé el celular. Incliné la cabeza.

—Te están campeando.

—Ya sé.

Me dieron.

—¡No manches!

Estuve a punto de aventar el celular del coraje.

—Nada funciona. Nada sirve en esta casa —grité, como si eso fuera a arreglar algo—. Ya no sirve mi celular, tampoco mis

tenis, ni mis pantalones, ni mis camisas, ni mi casa, ni ustedes, ni mi vida.

Nada me alcanza. Me acuerdo bien de cómo me paraba frente al aparador de la plaza, con la nariz pegada al vidrio.
—Ésos. Ésos de allá. Los que trae Memo. Los que trae Javier. Imagínate llegar con esos pantalones.

Necesitaba un celular nuevo. Se acercaba mi cumpleaños y el mío estaba rajado. Me resigné a lo que tenía y volví al juego. Quería dinero. Mucho dinero. Para comprar cosas. Muchas cosas. ¿Y luego? Más cosas. Y seguía ahí, tirado, con el pecho apretado, sin saber bien qué quería. Sólo quería más.

En las fiestas, en las comidas, en el camión, en el baño, con mis amigos, en todos lados traía la cabeza metida en el celular. Mi madre me hablaba:
—Ohtle... Ohtle...

Y yo ni la oía. No levantaba la vista. Le daba a la pantalla con una furia que no sabía de dónde me salía, matando enemigos. Cada vez que uno caía sentía un poco de alivio, pero apenas terminaba la partida, como que se me iba el aire y ya tenía el dedo listo para la siguiente. Jugando me desvelaba tanto que mi cara estaba pálida, como si me hubiera untado harina. Yo era como una sombra. Pero blanca.

La noche antes de mi cumpleaños, ya cerrada la noche, cuando cazan los tecolotes, oí un aleteo. Volteé. Nada. Sólo la noche, seca y tan oscura que no se distinguía dónde acababa la tierra ni dónde empezaba el cielo. Sentí que no había distancia entre lo de arriba y lo de abajo, como si las estrellas se me fueran a venir encima. Seguí jugando.
—No, no, no... sí, sí, sí... mi récord.

Y entonces oí el aleteo otra vez. Muy cerca. Sentí un frío que me recorrió la piel. Se me enchinó el cuero del susto.

Levanté la mirada. Frente a mí había unos ojos redondos y amarillos, como aguijones clavados en mí. Me eché para atrás, arrastrándome, sin poder quitarles los ojos de encima.

De pronto se soltó la lluvia y la noche se mojó de golpe. Tronó el cielo tan fuerte que mis orejas se llenaron del temblor. El animal alado gritó, agudo, atravesándome. Me arrinconé, pateando y manoteando para que no se acercara. Pero sólo golpeaba el aire. Hasta que ya no pude más y escondí la cabeza entre las piernas. Cuando por fin levanté la mirada, todo estaba seco otra vez. Como si nada hubiera pasado.

No sé en qué momento amaneció. Las sombras se borraron poco a poco y todo volvió a llenarse de color. Los pájaros anunciaban el día de mi cumpleaños. Cumplía trece años. Pensé que todo había sido un sueño. Y regresé al juego.

Entonces oí los silbidos de mi abuelo mezclándose con el canto de los pájaros. Me asomé. Se había levantado antes de que saliera el sol para felicitarme. Traía esa sonrisa suya de siempre, la que parecía no borrársele nunca. Caminaba tan elegante que hasta los venados lo imitaban.

Un tecolote voló hacia él y se le posó en el hombro. El tecolote y mi abuelo se conocían desde hacía años. Él lo había encontrado pequeño y lo había criado. Se quedaron mirándose, quietos los dos. Después el tecolote voló hacia uno de los árboles del jardín.

La luz de la pantalla me regresó al juego.

—¡Ay, no! Me mataron... ¿y mi récord?

No me di cuenta cuando mi abuelo llegó a pararse junto a mí. No veía nada. No escuchaba nada. No sentía nada. Seguía ahí, quieto, encandilado, atrapado en la luz de mi celular. Mi abuelo me saludó muy contento. Me había prometido que ese día iba a hablarme con su palabra de abuelo.

—Cumplir trece años no es cualquier cosa —me dijo—. Cuando yo cumplí trece, mi abuelo hizo una piedra para mí.
—Ajá.
No levanté la vista.
—Ohtle, mírame.
—Estoy jugando.
Esperó un momento.
—Quiero darte algo.
Sacó una piedra de jade.
—Ésta la hice para ti.
—Abuelo, no.
—Déjame terminar.
—No quiero una piedra.
Puso junto a ella unos granos de maíz.
—Y estos maíces...
Por fin levanté la cara.
—¿Eso es mi regalo?
Mi abuelo no contestó.
—Una piedra y maíz.
—Ohtle...
—Te dije que no quiero esas cosas.
—Escúchame.
—No.
—Mi abuelo hizo la mía. Después yo...
—No me importa.
Se quedó mirándome.
—No quiero saber para qué sirve.
Agachó la cabeza.
Ahora sé lo que debió sentir. Lo sé porque alguna vez he visto esa misma cara en mí cuando intento hablar con mis nietos y mis alumnos.
Mi abuelo volvió a intentarlo.
—Ohtle...

—Ya, no me digas nada. Ya...

Entonces me quitó el celular de las manos.

—¡Dámelo!

—Kwalle xinichkake...

—¡No me hables así!

—Anmo titlahwelhwia...

—¡Que no!

Me levanté de golpe y le arranqué el celular de las manos.

—¡Déjame en paz!

Salí corriendo. Iba tan enojado que no vi el pozo abierto en el patio. Y caí. Mientras bajaba vi la cara de mi abuelo asomada arriba. Después una sombra. Creo que era el tecolote. Caía y caía. Profundo. Profundo. Profundo.

Intenté agarrarme de las paredes, pero las piedras se desprendían y caían conmigo. No había de dónde sostenerse. Sentí el vientre apretarse. Pensé que ahí me moría. Todo se puso negro. No sé si me desmayé. Caí al fondo. Entonces grité y grité para que alguien me ayudara. Apenas un hilito de luz entraba por la boca del pozo. La salida estaba lejísimos.

Oí un aleteo allá arriba. Un aire y algo ligero me rozaron la cara. Algo, como una piedrita, me golpeó la cabeza. Cayó otra. Y otra. Recogí una del suelo. Creo que eran granos de maíz, o así los sentía. Y entonces empezó a granizar. Me pegué al muro.

—¡Ya, paren! —grité.

La granizada cesó.

—¡Otra vez no! ¡Este maldito sueño no me deja en paz!

Llevaba meses soñando que caía y caía y despertaba sudando y temblando.

Respiré hondo, esperando despertar. Pero seguía ahí. Escuché de nuevo el aleteo, pero esta vez vino en eco. Parecían miles de seres aleteando. Me castañeteaban los

dientes sin control. Cada hueso de mi cuerpo temblaba como los guajes en el viento y no podía sostenerme en pie.

Pero éste no se parecía al sueño de siempre. Encendí la luz del celular —a ver si prende... sí prendió— y revisé todo el lugar. Sin señal. Tenía miedo de encontrarme con el ser alado, así que me fui girando despacio, iluminando cada rincón. Otra vez estaba solo, y se me encogió el cuerpo.

Un momento después, pegadita a mi pie, encontré la piedra de jade entre los maíces. «La granizada fue un puño de maíces», pensé... aún siento en mi piel el golpeteo de esas semillas que caían.

Tomé la piedra en mi mano y la observé, y la arrojé hacia arriba lo más fuerte que pude.

—¡Lárgate! Abuelo, ahí está tu tonta piedra —grité, y me senté sobre el piso. Pero todo lo que sube tiene que bajar, y la piedra cayó sobre mi cabeza, dejándome un gran chichón.

Escuché ladridos. Algo olfateaba cerca de mi mano. Había un hueco en el pozo que yo no había visto y, de ahí, unos ojos brillantes venían hacia mí. Pensé que el animal alado había regresado y me preparé para la lucha, pero no alcancé a entender cómo esa cosa se me vino encima y me atropelló.

Me quedé en el piso. Los ladridos eran muy intensos; los sentía justo en las plantas de los pies. Eran graves, salidos de una bestia enorme. Me quedé tendido y quieto. Me temblaban los huesos. Casi me orino. Olfateos. Un sonido llamó a la bestia y se marchó.

No podía moverme. Primero estiré una pierna, toda acalambrada. Luego la otra. Estaba entumido. Lo hacía en silencio, con miedo de que cualquier ruido hiciera volver a la bestia. Por fin me animé y arrastré una mano por el suelo. Estaba frío. Deslicé la mano hasta que rocé algo áspero, seco y calientito. Acerqué la cabeza y encontré un cuerpo. Lo

moví para ver si estaba muerto. «La bestia lo ha de haber matado», pensé.

Cuando fui a tomarlo de la cola, el animal se movió y trepó por una de las paredes del pozo. Yo salté como pude hacia el otro lado y pelé los dientes. Creí que esa postura animal era la mejor para ahuyentarlo. No lo podía ver. Nada se escuchaba. Ninguno de los dos hacíamos ruido.

—¿Estás vivo? —se oyó en la oscuridad.

Me pegué a la pared. La voz repitió:

—¿Estás vivo?

—S-sí.

—¿Qué haces aquí?

—No sé, me caí en el pozo —dije, mientras buscaba al animal.

El animalito estalló de risa.

—¿Por qué te ríes? —pregunté.

—Será de los nervios —dijo el animalito.

Y sin querer, se me escapó una risita también. Seguía atrapado ahí, pero ya no estaba solo. La luz empezó a entrar por la boca del pozo. Poco a poco pude respirar mejor.

Recorrí las paredes con la luz del celular. Un pozo no es más que eso: muros y agua, pero éste estaba seco. «Nadie me va a sacar de aquí», pensé.

—¡Abuelo! —grité, y me respondió el eco: abuelo, abuelo, abuelo... Seguí buscando una puerta, una escalera, cualquier cosa que me sacara de ahí. Volví a encontrar sus ojos.

El animalito me observaba, y cada cosa que yo hacía le parecía muy graciosa, pero cuando apareció la luz, dejó de reír. Bajó derechito hasta la piedra de jade que había quedado debajo de los maíces. La tomó con sus manitas delanteras y apartó los maíces que la cubrían.

La piedra de jade resplandeció. «Wow... ¿qué es eso?», pensé, y me acerqué. Sobre sus pequeñas manos, la piedra

proyectaba una luz añil, serpentina, que se disparaba hacia lo alto.
—¡La piedra de jade! —dijo—. La que me contaban mis tatas.
—¿Qué piedra?

No alcancé a terminar cuando a lo lejos se escucharon varios ladridos. El animalito cubrió la piedra.
—Ya sabe que estamos aquí.

Se guardó la piedra en la bolsa del vientre. Luego recogió un puño de maíces y se los guardó también.
—¿Y ésos? —pregunté.
—Nunca se sabe.

Se echó uno a la boca. El animalito se me quedó viendo.
—¡No puede ser! ¿Tú? ¿Es una broma?
—¡Ora, no me huelas! ¿Yo qué? —lo empujé—. Estate quieto.
—¿Tú traes la piedra?
—Pues sí, me la dio mi abuelo de cumpleaños. Deja de hacer eso, tienes fría la nariz.
—A mí me tenía que tocar esto. ¿Tú? Mírate nada más.
—¿Yo qué?

El eco repetía cada palabra.
—Cállate —le grité.

Cállate. El eco no se apagaba. Crecía. Me tapé los oídos. «No para. No para.» Como si cien ecos se amontonaran unos sobre otros. El animalito se metió entre mis piernas, y yo me hice un nudo con él.

Ahí, enfrente, los ojos amarillos. Fijos en nosotros.
—Es él, me quiere matar —gruñí, y sin pensarlo aventé al animalito contra el pájaro.
—¡Aaaaahhh! —oí gritar al animalito—. ¡No tengo alas!

Al caer, se le salieron unos maíces y la piedra de jade de la bolsa del vientre. Agarré la de jade y se la aventé. La tomó con una pata y la dejó en el suelo. El ave volvió a mirarme.

Horrible. Le pelé los dientes. Yo creo que el ave sonrió y se esfumó, sin más.

—Eres tú... ¿cómo es posible? Me aventaste, casi me matas —dijo el animalito, y se soltó a llorar. Yo también lloré como nunca lo había hecho. Tenía tantas lágrimas guardadas que podría haber llenado el pozo. No sé cuánto lloramos, pero se nos acabaron las fuerzas y nos quedamos dormidos.

Desperté sudando y agitado. Había soñado con una serpiente alada, luminosa, añil. Y había otras cosas, pero ya no me acuerdo. Me sentía perdido. No sabía dónde estaba. Traté de reconocer el lugar, pero no pude. Me daba vueltas la cabeza.

—Por fin despiertas —oí tras de mí. Me puse en pie, todavía tambaleándome.

El animalito me miró y se echó a reír.

—¿Qué traigo? ¿Algo te da risa? ¿Te da risa mi cara o qué?

Me tapé los ojos. Me los destapé. Me di una cachetada. Se me pasó la mano. El animalito soltó la carcajada. Se rio tanto que terminó agarrándose la panza.

—No es un sueño —dije, sobándome la cara.

—¿Un sueño? Pues despierta. A ver, date otra cachetada.

Se escuchó un ladrido. El animalito dejó de reír. Recogió la piedra de jade y los maíces que habían quedado regados y se los guardó otra vez en la bolsa.

—Hay que huir —dijo el animalito.

Guardé el celular en el pantalón. Apenas dimos unos pasos, vibró. Lo saqué. La pantalla estaba encendida.

—¿Qué? ¿Un mensaje de Jacinto? ¿Y este meme qué?

La pantalla parpadeó y se apagó.

—Ya hace cosas raras —dije—. Le faltan actualizaciones.

El animalito me miró.

—¿Qué cosa?

—Nada.

Me guardé otra vez el celular.

—Yo quiero regresar a mi casa —le dije, molesto. Intenté escalar las paredes del pozo.

—Ya ves, sí puedo escalar este muro.

Una piedra se zafó y caí redondito. Me dio un coraje... El animalito, ni te cuento, estaba revolcado de la risa. Lo volví a intentar.

—Ya ves cómo sí puedo.

Me resbalé y esta vez el golpe fue más duro.

—Déjate de tonterías. ¿No tienes idea de lo que pasa aquí afuera? Si no encontramos el códice pronto, todo se va...

No entendí nada.

—¿Cuál códice? —Tenía ruido en la cabeza, me dolía y seguía mareado.

—Ven.

—¿A dónde vamos? —pregunté, desconfiado.

—Que vengas. Si te quedas aquí, va a volver.

—Pero no se puede salir —dije.

El animalito me mostró un hueco en la pared del pozo, a la altura de mi cabeza.

—Pero eso no estaba allí —dije.

—Sí estaba. Tú no lo viste.

—Pero revisé varias veces el pozo.

—Pues revisaste mal.

—No estaba.

—Tienes ojos y no ves.

—Sube —me dijo. Me agarré de las piedras y me metí detrás de él.

Al salir era pleno día. Primero me llegó el olor. No era uno. Eran muchos, pero yo no sabía separarlos. Había uno húmedo, oscuro, que parecía subir de la tierra; otro dulce y espeso, pegado a las flores amarillas; uno fresco que se

escondía entre las hojas; otro más seco, casi áspero, que venía de los tallos y de las piedras calientes.

Había uno que olía a mi abuelo y otro que olía a mi propio jardín. Y había uno más, imposible de reconocer, que me apretó el pecho como si ya lo hubiera respirado alguna vez. Todavía ahora, cuando me llega ese mismo olor, algo en mí vuelve ahí.

Volví a respirar. Algo se me movió por dentro. No supe qué. Se me humedecieron los ojos y me quedé quieto, desconcertado. Levanté la mirada. Todo estaba lleno de flores, como si la tierra hubiera levantado su propio altar. Los cempasúchiles encendían manchas amarillas y anaranjadas, entre las piedras; las dalias abrían sus pétalos unas junto a otras, y las buganvilias se derramaban desde arriba. Entre ellas crecían flores pequeñas que yo no conocía y otras que recordaba haber visto muchas veces, sin haberme detenido nunca a mirarlas.

Las enredaderas atravesaban aquel mundo. Subían por las piedras, se colgaban de los árboles, se cruzaban unas con otras y tendían puentes verdes entre las flores. Algunas cargaban pequeñas campanas; otras se habían enredado alrededor de los cactus, metiéndose entre sus espinas sin tocarlas.

Caminaba despacio. Me detenía frente a una flor, luego frente a otra. Las olía, miraba sus formas, tocaba las hojas con la punta de los dedos.

Por un momento olvidé que tenía prisa. Me senté.

—¡Aaaaaay! —grité, levantándome de un salto.

Había puesto el trasero sobre un pequeño cactus escondido entre las flores. El animalito volteó a mirarme. Me llevé las manos atrás y comencé a sacar las espinas una por una. Dolía bastante. Solté una risita. Luego otra. Y acabé riéndome con tantas ganas que tuve que doblarme. El

animalito me observó sin entender. Yo tampoco entendía por qué me reía.

Me sobé el trasero y seguí caminando entre las flores. Un zumbido. Me detuve a ver a un colibrí que libaba de una flor diminuta. Tenía el pico hundido entre los pétalos y las alas se movían tan rápido que apenas podía verlas. De pronto, se apartó de la flor y quedó suspendido justo frente a mis ojos.

Su pequeño cuerpo permanecía inmóvil en el aire, mirándome. Durante unos instantes nos observamos el uno al otro. Despacio, levanté una mano. Quise atraparlo. El colibrí se apartó de golpe y desapareció entre las flores. Seguí mirando el lugar por donde se había ido.

Se escuchó un ladrido. El animalito levantó las orejas.

—Más rápido —insistió.

Me quedé mirando las flores. No podía creer que un lugar así existiera. Sólo otro ladrido, ahora mucho más cerca, consiguió que me moviera.

—No hay tiempo, niño. Muévete. ¿Vas a seguir ahí parado?

—¿A dónde me llevas, Animalito Coludo? —pregunté.

—¿Animalito Coludo? ¿Y tú qué te crees, Calaca Pálida?

—¿Y qué eres, una ratota?

—Soy un tlacuache.

—¿Un tragón? Así les dice mi abuelo en su lengua a los tragones.

—Tlacuache.

—Nunca lo había pensado.

—Pues deberías. Los tlacuaches somos importantes.

—¿Por qué?

—Porque ustedes tienen fuego gracias a nosotros.

—¿Cómo que gracias a ustedes?

—Lo robamos.

—¿A quién?

—A los que lo tenían guardado. Nadie se atrevía a acercarse. Nosotros sí.
—¿Y cómo lo hicieron?
Tlacuache se tiró al suelo, patas arriba, tieso.
—¿Qué haces?
No se movió.
—¿Tlacuache?
Abrió un ojo.
—Nos hicimos los muertos.
Se levantó como si nada.
—Cuando dejaron de vigilarnos, agarramos una brasa y salimos corriendo.
—¿Con las manos?
—Con la cola.
La levantó con orgullo.
—Por eso está pelona.
—¿Se te quemó?
—A mí no, niño. A los primeros.
—Ah.
—Y se la llevaron a ustedes. Antes no tenían fuego.
—¿Y no les dolió?
—¡Claro que les dolió! ¿Tú crees que el fuego hace cosquillas?
Se acomodó la cola.
—De nada.
—Ah, pues. Y yo me llamo Ohtle.
Y, de pronto, otro ladrido hizo que dejáramos la discusión y apuráramos el paso.
—Ven por acá —dijo, y nos metimos entre los arbustos.
Caminamos unos minutos y el paisaje cambió.
—Éste es el borde. Fíjate dónde pisas —murmuró.
Todo era gris y brumoso. Parecía como si a una acuarela le hubieran arrojado agua encima. Lo que se veía estaba

desteñido y el olor era putrefacto.
—¿Qué ves?
—Borroso.
—Sí. Todo se está borrando.
—¿Borrando?
—Sí. Mira por aquí y allá. Son poquitos los lugares como el de las flores. Tenemos que encontrar el códice.

Me paré frente a una escalinata de piedra que subía y subía hasta perderse en la niebla. Algunas partes del Teokalli estaban deslavadas por el tiempo. Muchos escalones se habían derrumbado y entre las piedras caídas crecía la yerba.

Para subir teníamos que buscar dónde apoyar los pies y pasar de una piedra a otra. Los que quedaban estaban gastados en el centro por miles de pies que habían subido antes que nosotros. Olía a copal viejo, quemado hacía mucho tiempo, pero el olor seguía metido en la piedra.
—¿Qué es esto? —pregunté.
—Un Teokalli. Aquí antes se hablaba con lo que está más allá.

Sentí un jalón en el pecho y unas ganas raras de seguir subiendo.
—Yo que tú, no subía —murmuró. Tenía la mirada en mis pies, como si ya me viera avanzar solo. Pero subí. El animalito me siguió observando todo.

Al principio Tlacuache pasó adelante de mí. Pero mientras más subíamos, más se quedaba atrás. Cada tantos escalones se detenía y se acomodaba la bolsa del vientre.
—Apúrate —le dije.
—Eso intento.

Seguimos subiendo. Un poco más arriba volvió a detenerse. Esta vez tuvo que sostenerse la bolsa con las dos manos.
—¿Qué te pasa?

—Tu piedra.
—¿Qué tiene?
—Cada vez pesa más.
—Es una piedrita.

Subió otro escalón. Resopló.

—Pues esta piedrita ya pesa como una piedra.

Lo esperé. Intentó seguir, pero a los pocos escalones volvió a detenerse. Me miró.

—Cárgala tú.

Tlacuache sacó la piedra de jade y me la puso en la mano. Esperaba que pesara muchísimo. No. Pesaba lo mismo de siempre. Tlacuache abrió los ojos.

—Ah.
—¿Qué?
—Nada. Guárdala.
—¿Y los maíces también?

Tlacuache se agarró la bolsa.

—No. Éstos me los llevo yo.

Sacó otro y se lo comió. Me metí la piedra en el bolsillo y seguimos subiendo. Mientras más subía, más fuerte era el mareo y más me dolía la cabeza. Todo me daba vueltas y, entre un giro y otro, vi pedazos de cosas que no conocía: unos barcos golpeando el agua a remo, una serpiente alada de luz añil, una pintura doblada sobre sí misma que se abría y se abría sin terminarse.

Me senté a media escalinata sin poder moverme. Estaba tan mareado que sentí que podía caer. De pronto oí una voz que me llamaba desde arriba.

—¡Ohtle, Ohtle!

Con mucho esfuerzo levanté la vista. Arriba, donde la escalinata se perdía en la bruma, había una sombra quieta, esperando. La bruma se movió alrededor de ella y, por un

instante, tomó la forma de un ave. Me tallé los ojos. La reconocí: Lilia.

De chiquitos andábamos siempre agarrados de la mano. Saltábamos charcos, chupábamos néctar, nos llenábamos la boca de capulines. Lilia era de esas que se paran a ver una hormiga o la forma de una nube. Era lo que yo más quería en el mundo. Y la sigo queriendo.

Después me regalaron un celular. Likes, kills, autoplay, infinite scroll. Siempre había algo más. Y dejé de verla. Un día me escondió el chupacerebros, como ella le decía, y me enojé tanto que la lastimé con algo que dije. Me devolvió el aparato sin una palabra. Desde entonces sólo nos veíamos la espalda, aunque nuestras manos se buscaran.

Lilia me tomó del brazo. Me fue mostrando dónde poner los pies y me ayudó a subir lo que faltaba.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Lilia se encogió de hombros. Tenía los ojos muy abiertos.

—No sé. Sólo recuerdo que ayer escuché un trueno. Fue raro: largo, pero seco. Cuando desperté, estaba entre las nubes. Me rozaban la cara, suaves como plumas. A ratos lo cubrían todo y luego se abrían y podía ver el mundo allá abajo. Extendí los brazos. Sentí que volaba. Como si tuviera alas. Y escuché mi propio aleteo repetirse alrededor de mí, como un eco. Entre gota y gota de aquella brisa espesa, había una rana. Jugaba a dibujar formas con la bruma. Nos quedamos mirando. Empecé a dibujar con ella, y, de sorpresa, Rana dio un salto y empezó a llover.

—Sé que parece una locura, pero la seguí hasta aquí —dijo Lilia—. Y fue cuando te vi.

—Sí te creo. A mí, un tlacuache.

—¿Un tlacuache?

—Sí.

—Entonces ya somos dos.

Un salto húmedo sonó en el escalón de arriba. Era Rana, con la garganta inflándose y desinflándose. Cantó.
—Ella —dijo Lilia, bajito.

Rana nos miró a los dos y esperó.

—Si cambia en el cielo,
cambia en el suelo.
Si cambia en el viento,
¿qué cambia en el cuento? —dijo Rana.

—Las estaciones —contestó Lilia.

Nos miramos. Y nos soltamos a reír como hacía mucho no lo hacíamos. Como cuando correteábamos mariposas. De pronto le dije:
—Te extrañaba.
—Yo también.
—Perdón por lo que te dije.
—Ya lo sé.

Nos tomamos de las manos. Lilia me besó. Me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Sentí que me ardía la cara.
—Ya vámonos —dijo Tlacuache.

Nos quedamos quietos un instante, todavía tomados de la mano. Su mano era suave, pero electrizante: me subía una corriente que me cosquilleaba en el brazo y se me agolpaba en el estómago. Han de ser las famosas mariposas. Quería correr y, al mismo tiempo, seguir sintiendo su mano. Creo que era feliz.

Un gruñido salió de la niebla, muy cerca. Volteamos. Ahí estaba: un hocico abierto, dientes que brillaban sin necesitar luz, el cuerpo apenas dibujado entre la bruma. Se abalanzó.

Lilia gritó y yo tiré de ella hacia atrás. Sentí el aliento caliente pasar a un palmo de mi brazo. En ese mismo instante, el escalón cedió bajo mis pies. Miré hacia abajo: los bordes se estaban borrando, como humo. Apreté la mano de Lilia con todas mis fuerzas. Ella apretó la mía. La bestia

volvió a embestir. Lilia saltó hacia un lado y yo hacia el otro. Su mano se me resbaló de los dedos.

—¡Ohtle!

Me perdí, suspendido, sin arriba, sin abajo, como si la tierra no tuviera sostén. No tengo palabras para explicar aquello; se las he tenido que pedir prestadas a todo lo que vino después.

Sentí un calor en el bolsillo. La piedra de jade estaba brillando. La saqué y la apreté en la mano. Intenté moverme. No supe hacia dónde. Un aleteo sonaba en algún lugar que no podía señalar. Quise ir contra él. Me lancé hacia el sonido con los puños listos. Pero no había nada contra qué golpear.

Giré y giré, sin saber si caía, subía o permanecía en el mismo sitio. Quise detenerme, agarrarme de algo, pero no había nada.

Entonces me solté. Volví a escuchar el aleteo.

La piedra de jade brilló con más fuerza. De ella salió una luz añil que se extendió frente a mí y empezó a tomar una forma como de papel enrollado o era tal vez una serpiente. Creo que tenía alas. La luz se me enredó alrededor del cuerpo como mecatitos.

Primero sentí una vibración. La vibración se convirtió en una música que conocía, aunque nunca la había escuchado. Y dentro de la música escuché una frase. La misma que todavía escucho cuando menos la busco: No dejes que se lo lleve el olvido.

Entonces sentí un piquete agudo en la muñeca. La serpiente me hundió los colmillos. Escuché un grito de ave. Parecía decir mi nombre. Todo mi cuerpo se sacudió. Vi el ala de un pájaro y cerré los ojos. Al abrirlos, la mano de Lilia tiraba de la mía.

El agua helada me calaba los pies. Tosí varias veces. Me costaba respirar y tenía la boca seca. Me incorporé hasta

quedar sentado. Olía a tierra mojada: lodo, yerba, madera podrida. Un chapulín estaba parado sobre mi rodilla. Rana lo siguió con los ojos.

—Salta, salta el chapulín,
¿dónde acaba su trajín? —dijo Rana.

Sacó la lengua y se lo tragó de un golpe, ahí mismo, sobre mi rodilla. Me quedé mirándola. Ella siguió como si nada.

Me punzaba la muñeca. Vi dos puntitos rojos, como de aguja. Me los froté.

—¿Cómo llegamos aquí? —pregunté. Me temblaba la voz, o tal vez era sólo el frío.

—Con mucha suerte. Te cargamos hasta aquí —dijo Tlacuache—. Bueno, más bien te rodamos. ¡Pesas mucho! Logramos perder al perro gracias a los saltos de Rana.

—Deberías comer —dijo Rana—. Por eso te desmayas.

Tlacuache me acercó una jícara con una bebida de maíz.

—Toma. Es yolatl.

—¿Y eso qué es?

—Para los que se desmayan, niño.

—¿De dónde lo sacaron?

—De tus maíces.

Bebí un trago. Sabía a maíz fresco, tenía un dulzor suave y me dejó una sensación harinosa en la lengua. Me gustó. Bebí otro trago.

—No me desmayé por eso —les dije.

Me quedé pensando.

—Es el sueño... creo.

Y les conté lo que había visto. Tlacuache abría los ojos y asentía.

—Y ese papel enrollado que dices... Se parece a lo que mis tatas contaban sobre el códice. Decían que, si los juntabas, cuash.

—¿Cuash? —preguntamos todos.

—Sí, cuash.

Cuash era lo que yo sentía en la cabeza. Me punzaba y estaba aturdido. Lilia me miraba raro.

—Hablas como mi abuelita.

—Tlaun?

—Desde que despertaste. Hablas como ella.

—Anmo, neh? Anmo nikmate tlahtowa ka motositsin.

Todos rieron.

—Tengo sed.

Fui al estanque. Me incliné para beber y vi mi reflejo en el agua.

Una hoja cayó sobre el estanque. Se quedó flotando en mi reflejo. Rana miró la hoja.

—Su vestido pierde la rama,
pero muerto el tronco no está;
del oliva al marrón su destino,
¿quién transforma así el camino? —preguntó Rana.

—Una cabra —dijo Tlacuache.

—¿Una cabra? —pregunté.

—Se comen todo —dijo Tlacuache.

—El viento —dije.

Lilia miró la hoja sobre mi reflejo.

—El otoño —dijo Lilia.

Sonó el celular y me apresuré a sacarlo, pero la piedra me estorbaba. Como nada más tenía un bolsillo bueno en mi pantalón, el celular y la piedra se apretaban tanto que para sacarlos tenía que dar saltitos. Como pude, saqué la piedra del bolsillo y la puse en la orilla del estanque. Después ya pude sacar el celular.

Tenía unos mensajes extraños de Abril y un meme de Jacinto que no entendí.

Me senté para tratar de descifrar los mensajes, y sin querer, moví con la nalga la piedra y cayó al estanque. Traté

de agarrarla, pero solté el celular, le di manotazos como malabarista tratando de agarrarlo, pero manoteando se alejaba de mí hasta la mera orillita. Sí lo alcancé. Pero perdí el equilibrio y caí al estanque.

--—Cuash —gritó Tlacuache. Y los tres rieron.

Cuando logré sentarme, estaba empapado. El celular también. Intenté encenderlo, pero no respondió.

Rana se zambulló, sacó la piedra y me la dio.

Tomé la piedra. La puse entre mis ojos y le dije: —Yo no quiero ser como mi abuelo.

Lilia se volteó y miró el cielo.

La hoja seguía dando vueltas en el agua. Rana me dijo.

—¿Otro rostro es mi reflejo?
¿O una sombra frente a ti?
Si el espejo está delante,
¿a quién vas a ver allí? —preguntó Rana.

—A mí —dije.

Rana se quedó quieta un instante. Lilia y Tlacuache se acercaron a Rana. Había silencio.

—Lo miras y ahí estaba,
parpadeas y ya no está.
No hay adiós sin despedida,
¿no se siente la partida? —dijo Rana.

Todos nos miramos. Lilia levantó el brazo para responder.
—Niña, ¿dónde está tu mano? —preguntó Tlacuache.

Rana se miró sus propias manitas. Luego tomó a Lilia del brazo y buscó su mano. No estaba.
—No la siento —dijo Lilia.
—Lilia se desvanece,
y todo lo que acecha crece —dijo Rana.

Tlacuache se quedó quieto un instante, como atando cabos.

—Esa serpiente, esa música, esa frase... estoy seguro que es el códice —dijo Tlacuache, pensando en voz alta—. Mis tatas contaban que así se anuncia, antes de dejarse ver.

La piedra brilló en mi mano. Tlacuache estaba dando de vueltas de un lado al otro. La punta de la cola le movía intensamente, como si trajera un cascabel.

—¿Entonces está escondido en algún lugar? —pregunté.

—Sí, ¿pero dónde?

—¿Y si no está escondido? —dijo Lilia.

—Mis tatas decían algo, pero no me acuerdo, ay, me tengo que acordar —seguía dando vueltas cada vez más rápido—. Yo siempre lo he buscado, pero nunca lo he encontrado, ¿por qué?

—Tal vez no se busca —dijo Lilia.

—¿Y si él te busca? —dije yo.

—¿Y si él te busca? —repitió Tlacuache—. A ver... ¿Pero cómo? ¿Y si nos siguió al Teokalli?

—El Teokalli no se cayó solo. Se deshizo cuando eso nos alcanzó arriba —dije.

—Tú estabas suspendido, sin arriba ni abajo —dijo Lilia.

—¿Y aun así Lilia te alcanzó? —preguntó Tlacuache.

Lilia se miró la muñeca.

—Cuando te saqué... fue la última vez que sentí mi mano.

Nos quedamos mirándola.

—Entonces no es la Bestia. ¿Pero por qué siempre aparece antes? —dijo Tlacuache.

—Si la Bestia va adelante,
lo de atrás se borra al instante —dijo Rana.

Tlacuache se quedó pensando.

—El códice ya está por aparecer —dijo Tlacuache.

Me froté las manos. El aire se había vuelto seco y frío. Ya no se escuchaban insectos. Entre las raíces, las hojas

estaban tiesas y quebradizas. Tlacuache se encogió sobre sí mismo.

La piedra brilló con más intensidad. Lilia volvió a voltear al cielo.

—¿Ya vieron? ¿Esa luz?

—La piedra y el códice se están llamando —dijo Tlacuache.

—Hace frío —dije.

Tlacuache levantó la cabeza, como si hubiera escuchado algo que yo todavía no. Entonces llegaron los ladridos. Más cerca que antes.

Tlacuache se tiró al piso, patas para arriba. Lo cargué como costal y salimos corriendo.

—¡Corre más rápido! —gritó Tlacuache—. Por aquí... No, mejor por acá.

Él conocía un escondite: unos túneles viejos bajo tierra, abiertos entre raíces y madrigueras abandonadas.

Al principio tuvimos que gatear, apretados entre la tierra y las raíces. Poco a poco el túnel se ensanchó, hasta que pudimos avanzar encorvados, uno detrás del otro.

Un gruñido retumbó a nuestras espaldas. Luego otro. Se oyeron uñas arañando la tierra.

—¡Sigan, sigan! —gritó Tlacuache.

Adelante, el paso se cerraba hasta volverse un hoyo angosto. Tuvimos que pasar de uno en uno, apretando los hombros contra la tierra.

Yo ya había cruzado cuando oí un zarpazo a mis espaldas. Volteé. Una pata enorme había roto la tierra justo donde estaba Rana, cerrándole el paso.

—¡Corran de una vez! —gritó Rana—. ¡Que ya no se mira lo que viene después!

Lilia me jaló del brazo y seguimos corriendo, encorvados.

Otro golpe sacudió el túnel. Después otro. La tierra empezó a caer detrás de nosotros. Piedras, raíces y terrones

fueron cerrando el paso.

—¡Rana! —grité.

No hubo respuesta. Quise regresar, pero Lilia me sujetó.

—¡Ohtle! —gritó Lilia.

Tlacuache seguía adelante.

—¡Corran! —gritó Tlacuache.

Corrimos. El túnel empezó a subir. El aire se volvió todavía más frío. Ya no olía a tierra húmeda. Olía a madera seca.

Salimos con cuidado, uno por uno, asomando primero la cabeza. Reconocí el lugar. Era el campo de flores. O lo que quedaba de él.

Los tallos estaban secos. Algunas flores se inclinaban hacia la tierra; otras habían perdido los pétalos. Las ramas de los árboles estaban desnudas. No había mariposas. No había abejas. Nada zumbaba. El viento movió las ramas y sonaron unas contra otras.

Nos refugiamos en el hueco de un árbol enorme, apretados los tres. Tlacuache metió la cola entre las patas. Lilia tenía la mano helada. Nadie mencionó a Rana. Yo tampoco pregunté.

No sé cuánto tiempo pasó así —poco, seguramente, aunque se sintió largo— cuando escuchamos un ladrido. Después otro. Unas uñas rasparon la corteza debajo de nosotros.

El perro había llegado. Metía el hocico por cada hueco que encontraba. Resoplaba. Olfateaba. Rascaba la madera con tanta fuerza que todo el tronco vibraba. Tlacuache se dejó caer de lado.

—¿Qué haces? —susurré.

No respondió. Ni siquiera respiraba.

—Se está haciendo el muerto —dije.

Por primera vez alcancé a verlo un poco mejor.

—Es un perro —dije.

Tlacuache abrió apenas un ojo.

—Es la Bestia —dijo Tlacuache.

Volvió a cerrarlo. La Bestia volvió a rascar. Su respiración entraba caliente por las grietas del árbol. Sin más, dejó de hacerlo. Tlacuache abrió un ojo. Miré hacia afuera.

Las flores secas seguían dobladas sobre la tierra, pero las que estaban más cerca del árbol comenzaron a perder el color. No se marchitaban. El color simplemente se iba. Tlacuache se incorporó.

Entre la niebla apareció una figura alta y brillante. Toda ella era de oro: la piel, el cabello, hasta las pupilas. La luz se le pegaba al cuerpo y le escurría encima, como si fuera líquida. Avanzaba despacio, sin ruido. Donde pisaba, las flores dejaban de estar. Tlacuache dio un paso hacia atrás.

—Es él —susurró—. El Hombre de Metal. El que se traga el mundo.

La Bestia se quedó inmóvil. El Hombre de Metal silbó —o dijo algo; no alcancé a distinguirlo—. La Bestia salió corriendo hacia él. Pero esta vez no llegó. Antes de alcanzarlo, dejó de haber perro.

El Hombre de Metal siguió caminando. Venía hacia nosotros. Se detuvo junto al árbol y se recargó en el tronco. El árbol dejó de estar. Quedamos los tres ahí, descubiertos.

Tlacuache se levantó. Dio un paso hacia el Hombre de Metal. Luego otro. Metió una mano en la bolsa y sacó los maíces que le quedaban.

—¡Eh! —gritó Tlacuache.

El Hombre de Metal volteó hacia él. Tlacuache le aventó los maíces. Los granos desaparecieron al tocarlo.

Levantó la cola. La punta empezó a encenderse. Primero apenas. Después, como una brasa. Tlacuache corrió. La brasa creció y el fuego salió de su cola. El Hombre de Metal lo miró. El fuego se apagó antes de tocarlo.

Tlacuache siguió avanzando con fuerza y decisión. Y así, dejó de estar.

—¡Tlacuache!

Volteé hacia Lilia. En su mirada vi miedo y ternura. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Lilia...

—Aquí estoy.

Y así, dejó de estar.

No se escuchaba nada. Ni ramas. Ni viento. Ni hojas. Hasta mi respiración parecía haberse ido lejos.

El Hombre de Metal me miraba. Cuando habló, su voz no cambió de tono. No parecía enojado ni contento.

—Oh. ¿La piedra?

Miró lo que yo apretaba contra el pecho. Abrió una mano. Ahí estaba el códice. Los dos objetos brillaban, y sus luces parecía que se buscaban como en una danza.

—Mira. Yo tengo esto.

—¿Es el códice? —pregunté.

—Sí —contestó.

Su voz seguía igual. Sin subir ni bajar.

—¿Me enseñas tu piedra?

—No.

—No tengas miedo. No te la voy a quitar.

Acercó un poco el códice.

—Si quieres, te presto mi códice.

Miré con curiosidad el códice. Era muy parecido a la imagen que había visto en el Teokalli, pero con los colores mucho más intensos. Luego sentí que la piedra pesaba más. Despacio, abrí la mano del pecho y se la enseñé.

—¿De dónde la tomaste?

—Me la dio mi abuelo.

—Es hermosa.

No se movió. Sólo acercó un poco más el códice. Y las luces se encontraron. Tenían el mismo color y parecía que pulsaban con el mismo ritmo. La luz se reflejaba en el oro del Hombre de Metal con tanta fuerza que tuve que cerrar los ojos. Tapé la piedra.

—No veo.

—Sí —dijo—. Es una luz intensa.

Acercó la cabeza, como si quisiera mirar mejor. Yo me eché hacia atrás.

—¿Y qué esperabas que pasara cuando tu abuelo te dio la piedra?

Lo pensé de verdad, por primera vez.

—No sé. Que fuera a sentirme... importante, creo. Como él.

—¿Y te sentiste?

Negué con la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Quiero irme a mi casa.

—¿Eso quieres? Mira dentro de ti.

Lo pensé. Esta vez sí supe.

—Un celular que no esté rajado. Ropa. Dinero, para no tener que pedirles a mis papás. Y más cosas.

—Sí. Yo también quiero esas cosas.

Lo miré.

—Pero tú tienes esa armadura de oro. Si la vendes, te puedes comprar lo que quieras.

—Sí. Con oro se pueden comprar muchas cosas.

Miró su propia mano.

—¿Qué harías tú con todo esto?

Pensé que podría repartirlo. Darle algo a mi familia, a los vecinos. Arreglar casas. Comprar cosas que hacían falta.

Pero el pensamiento duró poco. Empecé a pensar en mi celular nuevo. En una compu gamer. En tener dinero en la

bolsa y no pedirle nada a nadie. Cuántas cosas podría comprar. Cuántas cosas tendría. Cuántas cosas mías.

No dije nada. Él tampoco. Nos quedamos callados un rato.

—Estoy cansado —dije, sin pensarlo. Se me salió.

—Yo también —dijo—. Llevo mucho tiempo cansado.

Lo miré. Por primera vez desde que había llegado, el silencio no me dio miedo. Seguí pensando en el celular nuevo y el dinero en mi bolsa. En todo lo que podría comprar con solo un dedo del Hombre de Metal.

No me di cuenta de cuándo se acercó. Vi su mano sobre mi brazo. Pero no la sentí. Fue bajando los dedos despacio, del hombro hacia la muñeca. Yo veía cómo me tocaba, pero no sentía nada.

Seguía pensando en mis cosas, cuando me di cuenta de que yo había aflojado la mano. Quise cerrarla. Ya era tarde. La piedra ya estaba en la mano del Hombre de Metal.

Miré mi brazo. Por donde habían pasado sus dedos empezaba a aparecer una línea delgada, dorada. Entonces vino el ardor. Él hizo girar la piedra entre los dedos, como probando su peso. La luz añil se le escapaba entre ellos y le iluminaba la cara desde abajo.

La línea dorada en mi brazo se fue ensanchando. La piel se puso dura. Quise doblar los dedos, pero me costó mucho trabajo.

El Hombre de Metal acercó la piedra al códice. Los miró un momento, uno en cada mano. Intentó juntarlos. Un destello blanco me obligó a cerrar los ojos. Cuando volví a abrirlos, él había dado un paso hacia atrás y el códice se le escapaba de las manos.

Me lancé sobre el Hombre de Metal. No sé bien por qué… pero podía sentir mi corazón latiendo a toda velocidad.

—¡Me robaste mi piedra! —le grité. Algo creí haber entendido. Si el Hombre de Metal juntaba los elementos

estaría perdido. Le arrebaté el códice y lo apreté contra el pecho. Por primera vez su voz cambió.

—Esto no se abre así.

La piedra seguía en su mano. Las luces de los objetos se disparaban por todos lados.

Me prendí de su muñeca. Él tiró. Yo también. Ninguno soltó. Vi mi mano cerrada sobre la suya. La línea dorada ya me había llegado a los dedos. Por un momento no supe cuál de las dos manos era la mía. La suya brillaba. La mía también.

Nos miramos. Sus pupilas doradas eran impresionantes. Me acordé del estanque. ¿Otro rostro es mi reflejo? ¿O una sombra frente a ti? No tuve tiempo de pensar más.

Algo tronó entre nosotros. Los dos salimos disparados hacia atrás.

Cuando pude levantar la cabeza, yo todavía tenía el códice apretado contra el pecho. Busqué la piedra. Ya no estaba en la mano del Hombre de Metal. Tampoco en la mía. Había caído lejos, entre las flores. Los dos la vimos al mismo tiempo. El Hombre de Metal se levantó primero y echó a correr hacia ella con la mano extendida.

Yo me puse de pie como pude y di un paso detrás de él.

Entonces algo raro pasó. Su mano dejó de estar. Siguió avanzando. Después desapareció el brazo. No se detuvo. Quiso alcanzar la piedra con la otra mano. También se borró. Por un instante todavía vi el brillo del oro suspendido frente a mí. Luego, ese brillo también dejó de estar.

Me quedé solo. La piedra brillaba entre las flores. Fui hacia ella. Me miré la mano. Los dedos estaban dorados y duros. Recogí la piedra. Tenía el códice apretado contra el pecho y la piedra en la mano de metal, que destellaba con su luz.

«Que funcione. Que me saque de aquí.»

Acerqué la piedra al códice. Nada de nada.

Lo intenté otra vez. Apreté la piedra contra el códice. Y otra vez, nada.

A mi alrededor, las flores estaban y, de pronto, ya no. Una detrás de la otra.

Volví a intentarlo. El metal ya me cubría el brazo completo. Los dedos casi no me respondían.

Miré alrededor. El pedacito de tierra que me sostenía se había convertido en una isla. Más allá no había nada donde poner los pies. Después miré hacia arriba. El cielo se había vuelto una luz tenue y sinuosa.

Apreté la piedra contra el códice con todas mis fuerzas. Casi lo lograba. Uno de mis dedos de metal lo atravesó como una navaja.

El códice se había roto y desgarrado muchos pedacitos.

Desesperado, intenté juntar las partes, pero casi nada en mi cuerpo me respondía.

—¡No! ¡No! ¡No!

—¡AAAAHHH ABUELO TU PIEDRA NO SIRVE!

La arrojé con todas mis fuerzas. La vi alejarse. Y luego ya no la vi.

«¡Noooo! ¡La aventé! ¡Noooo!»

Miré el códice roto que llevaba contra el pecho. «¿Y ahora? ¿Qué hago con esto?»

Las piernas se me doblaron. Caí de rodillas y terminé acostado sobre la tierra.

«¡No me quiero desaparecer aquí!»

Me hice bolita. Mi mano de metal pesaba mucho. La arrastré hasta dejarla debajo de mi cabeza. Me sentía un bebé en el vientre de mi madre. Y lloré, lloré, lloré, lloré, lloré... Veía a los míos desaparecer entre mis lágrimas. Tlacuache, Rana, Lilia, mis amigos, mis abuelos y mis padres. Mis lágrimas eran mecatitos delgaditos que llegaban a mi mano deslavando el oro. No podía parar y lloré hasta que se

me acabaron las lágrimas y mi mano volvió a ser mía. Entonces lloré en seco, y lloré, cada latido, cada respiración... y fui agotando mis fuerzas, hasta quedarme quieto. Solo y quieto. Ahí estaba acostado en una isla que desaparecía. Se me cerraban los párpados, pesados. Y ahí como en un suspiro logré ver una flor enfrente. Era la flor diminuta.

Me quedé mirándola. Tenía los pétalos abiertos. Como abrazando al mundo. Era tan pequeña, pero tan fuerte...

Acerqué despacio la mano y rocé uno de sus pétalos con la punta de un dedo.

Era suave. Muy suave...

Cerré los ojos. Le murmuré.

—No dejes que me lleve el olvido.

Desperté en los brazos de mi abuelo, afuera del pozo. El sol ya estaba alto y yo agotado. Él me miraba con esa sonrisa suya de siempre.

—Ya volviste —me dijo.

Me miré la muñeca. El metal había desaparecido. Los dos puntitos que me había dejado la serpiente seguían ahí. Ya no estaban rojos. Eran dorados. Pequeños, hundidos en la piel.

Busqué la piedra. No estaba. Busqué el códice. Tampoco.

—Abuelo... perdí la piedra.

—Yo también perdí la mía.

—Tlacuache... Rana... las flores... Lilia... —balbuceé.

Quise explicarle. No pude. Mi abuelo me abrazó más fuerte.

—¿Y Lilia? —pregunté.

—¿Lilia? —repitió.

—Sí. Lilia.

—Pues... hace mucho que dejé de verla. No sé dónde anda.

—Pero... ¿por qué se fue?

—¿Por qué?

—Pero...
—Yo también perdí una Lilia.
—¿Y la encontraste?
—Sí.
—¿Cómo?
—Detrás de una mazorca de maíz. Ahí estaba. Nunca la había visto.

Se me quería salir el pecho. Respiré como pude.
—Duele. Se me perdió, lo perdí todo —dije.

Mi abuelo me contestó con una voz muy suave, como el silbido de un canario:
—Lo que se perdió importa, Ohtle. Por eso duele. Pero tú volviste.

Sonó el celular. Era Abril. Lloraba.
—Soñé que las calles se borraban —me dijo—. Caminaba y, cuando volteaba, ya no estaban.

Apenas terminó la llamada, volvió a sonar. Era Jacinto. Había soñado que su casa se iba quedando sin paredes, como si alguien las estuviera borrando con la mano.

Después llamó otro. Y otro. Uno decía que la gente desaparecía. Otro, que ya no había cielo. Otro, que todo se volvía gris. No eran el mismo sueño. Pero todos habían visto lo mismo.

No sé cuántos años pasaron, la verdad. Ya perdí la cuenta. Busqué a Lilia entre los muros y los espejos, entre las rocas, en cada paso de mi camino, en todo lo que veía.

Hasta que un día dejé de buscar. Y la encontré.

Estaba detrás de una flor, en el aleteo de un colibrí. Siempre había estado ahí.

Ahora la veo, la escucho y la siento.

Nací.

Y estoy vivo.

Muchas gracias por leer, lo aprecio mucho.

Si te dan ganas de contarme qué te pareció, puedes responder este cuestionario o dejarme unas palabras en el buzón de mi casa:
albertodominguez.mx/buzon/

Y si crees que a alguien más le gustaría esta historia, me dará mucho gusto que se la compartas.

Más cuentos, poemas y obras en
albertodominguez.mx

Alberto Domínguez

© Alberto Domínguez Ávila, 2026.
Se permite compartir este libro completo, sin modificarlo y con el nombre del autor.